

LA VETERINARIA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CIENTÍFICA PROFESIONAL.

Año I.

Madrid 15 de Junio de 1890.

Núm. 9.º

PROFESIONAL Y CIENTÍFICO.

IMPORTANTE PAPEL QUE ESTÁ LLAMADO Á CUMPLIR EL VETERINARIO EN LAS CUESTIONES DE HIGIENE PÚBLICA HUMANA.

(CONTINUACION.)

Y bien: en Madrid, la única intervención que se da al veterinario en este asunto, consiste en hacerle reconocer el animal que ha de servir para cultivar la materia que se inocula á los individuos de la especie humana.

¿Se efectúa el reconocimiento en el matadero público, si en él se compra la ternera? ¿Se hace en casa de un particular? ¿Se verifica sólo en los institutos de vacunación? ¿Hay dos ó más reconocimientos? Confieso que no lo sé, y aun creo que es difícil averiguarlo. Voy á dar por sentado que haya dos, tres, veinte reconocimientos, lo cual es mucho conceder, y que se hagan con todo el detenimiento y escrupulosidad necesarios, de lo cual habría mucho que decir. Y entiéndase que no culpo á los veterinarios de cualquier deficiencia que pudiera haber, pues demasiado convencido estoy de que si no hacen más es porque no pueden.

Pero ¿bastan todos los reconocimientos que puedan hacerse al animal, para garantir la salud de los niños vacunados y evitar que en ellos se desarrolle otra enfermedad que la viruela más benigna? Indudablemente, no; porque, en virtud de tales reconocimientos, no puede hacerse

otra cosa, y no es poco, que saber el proceso mórbido que padezca en aquel momento el animal, si dicho proceso está bien manifiesto; pero es imposible averiguar las enfermedades que estén en vida latente (permítaseme el concepto), y que pueden trasmitirse por inoculación; es imposible conocer las tendencias morbosas hereditarias del animal, ó las que haya adquirido por la lactancia.

Bien se me alcanza que más de un médico y más de un veterinario, me objetarán negando la herencia patológica y, por lo tanto, la posibilidad de que el ternero tenga enfermedades latentes, que se puedan comunicar por inoculación á nuestra especie. Mas, en tal caso, espero contestar victoriosamente, basando mi contestación en la fisiología y en la clínica, pues negar la herencia morbosa equivale á negar la normal, y ésta es imposible negarla; y decir que no existe la herencia patológica, porque para ello sería preciso que el padre perdiera lo que da al hijo ó hijos, equivale á suponer que un hombre al reproducirse tiene que quedarse sin narices, porque sus descendientes heredan las narices, ó se le ha de volver el pelo incoloro por legar á su hijo el color que al engendrarlo tenía.

Muchos de los terneros que se expenden en Madrid, son procedentes de vacas afectas de tuberculosis pulmonar. Suponiendo que al nacer no tengan ya por herencia el germen de tan terrible enfermedad, ¿se me podrá negar, dados los brillantes estudios modernos, que puede haberla adquirido mediante la lactancia? Y siendo esto cierto, ¿será posible sostener que no pueda trasmitirse por inoculación á los niños que se vacunen de él? Lo propio acaece con otras muchas enfermedades.

Ahora bien: ¿qué medio hay de evitar estos peligros? Dar al veterinario la intervención necesaria en el asunto, garantizando su independencia de acción y permitiéndole poner en juego todos los recursos que le prestan sus conocimientos y los adelantos de la ciencia. Véase cómo:

En primer término, debe tenerse en cuenta lo deficiente que resulta la inspección de los terneros, por las razones expuestas. No basta tampoco con reconocer á sus padres,

cosa que ofrece hoy serias dificultades, toda vez que la herencia pudiera quedar latente en estos y tender á revelarse en el hijo. Es preciso ir más allá; es preciso tener la seguridad de que los antecesores más antiguos estaban perfectamente libres de toda enfermedad infecciosa ó contagiosa, transmisible por herencia; que todos los individuos estén durante su vida bajo la inmediata inspección del veterinario, á fin de que á éste le sea dado apreciar sus buenas ó malas condiciones individuales y sus padecimientos, para evitarlos, corregirlos, combatirlos ó desechar al individuo; es preciso, también, que el mismo veterinario pueda dirigir la reproducción, cría, conservación y mejora de todos los animales que se hayan de destinar á la vacunación de la especie humana, y que él sea, *y sólo él*, quien dirija y practique los cultivos del virus varioloso y prepare los terneros de que se hayan de utilizar los médicos.

En esto último no hay ninguna intrusión en asuntos concernientes al médico. La hay, por el contrario, en que el médico opere en animales domésticos, pues estos son de la única y exclusiva incumbencia del veterinario.

¿Es utópico ó siquiera difícil lo que propongo? En modo alguno, pues todo estriba en que se destine un local apropiado, con el personal conveniente y los utensilios necesarios, en cuyo local existan toros y vacas sólo destinadas á este objeto. Puede estar unido al instituto de vacunación, sin que haya entre el personal de ambos relación alguna de dependencia que engendraría rivalidades odiosas y perjudiciales: el veterinario ó los veterinarios, se limitarían á suministrar á los médicos los animales que estos les pidieran por oficio, y los médicos á pedir los animales que necesitaran. Puede estar igualmente el local en la Escuela Veterinaria, con lo cual se obtendría un ahorro de personal y utensilios. De cualquier modo, el gasto que por todo ello se irrogara al Estado, al Municipio ó á la Diputación, no sería excesivo.

(Se continuará.)



INOCULACIONES PREVENTIVAS.

Habiéndonos consultado varios profesores sobre la manera de practicar algunas inoculaciones, así como también el modo de adquirir los virus necesarios, creemos oportuno publicar algunos artículos referentes á estos asuntos. Esperamos que esta determinación será agradable á los suscriptores de esta revista, dada la importancia que hoy se concede en el mundo científico á todo cuanto atañe á estas cuestiones, y la necesidad que tienen el veterinario establecido y el subdelegado de conocerlas y practicarlas.

ARTÍCULO 1.º

INOCULACIÓN CARBUNCOSA.

Es en la actualidad perfectamente conocida la naturaleza parasitaria de esta terrible enfermedad, que diezma nuestros animales domésticos y principalmente los rumiantes. Se sabe también que deben desecharse las antiguas divisiones que de ella se hacían, y aceptar la que se fundamenta en la clase del micro-organismo que la determina ó la acompaña. De consiguiente, considerando dividido el carbunco en *bacteridiano* ó *bacterídeo*, (que corresponde á la fiebre carbuncosa ó carbunco esencial), y *bacteriano* (que se refiere al carbunco sintomático ó enfermedad de Chabert); siendo producidos cada uno por un parásito especial, y necesitando usar procedimientos de cultivo é inoculación distintos, los trataremos por separado.

§ 1.º

Carbunco bacterídeo.

Está caracterizado por la presencia de una bacterídea específica (*Bacillus anthracis*) descubierta por el veterinario Delafond en 1860, y perfectamente estudiada después por Davaine, Pasteur, Koch, Toussaint, Chauveau, etc., etc.

Este micro-organismo se encuentra en la sangre de los animales afectos de fiebre carbuncosa, bajo la forma de filamentos cilíndricos, rectos ó acodados, compuestos de uno, dos, tres y raramente cuatro segmentos, cada uno de los cuales tiene de $0^m,001$ á $0^m,0012$ de longitud (véase la fig. 9.^a). Se reproduce de dos modos: por scisiparidad y por esporulación. Es organismo *aerobe*.

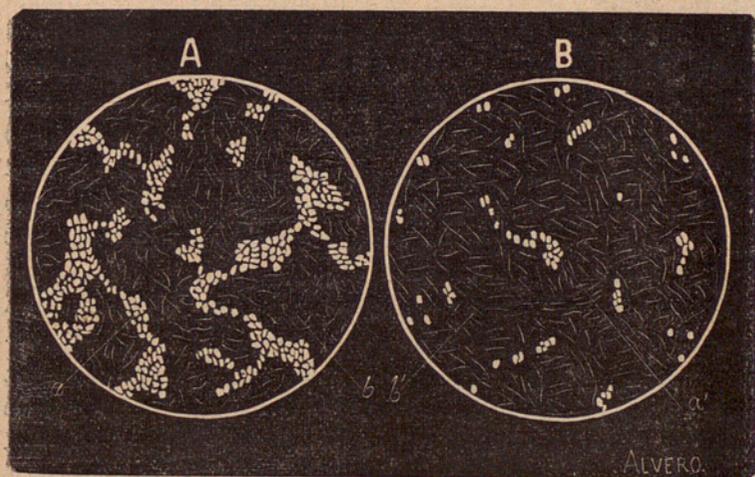


FIG. 9.^a.—BACTERÍDEAS DEL CARBUNCO.

(Preparaciones fotomicrográficas de Alvero).

A. B. Sangre con bacteriodes carbuncosas.—a' glóbulos sanguíneos apeletora los.
—b b' bacteriodes existentes en el suero.

Preparación del virus inoculable.—Mr. Toussaint ha sido el primero en demostrar que sujetando á una temperatura de 55°c . durante diez minutos la sangre desfibrinada procedente de un animal carbuncoso, se obtiene un líquido cuya inoculación es inofensiva y confiere inmunidad á los individuos inoculados. Como se vé, este procedimiento de obtención del virus inoculable no puede ser más sencillo; y aun cuando se ha creído por algunos que es poco seguro, Mr. Chauveau ha demostrado que calentando durante un tiempo muy corto un líquido plagado de bac-



terídeas y muy virulento, se obtiene una vacuna ⁽¹⁾ tan segura como la de Mr. Pasteur.

Mr. Pasteur prepara el líquido inoculable por una serie de cultivos de bacterídeas, hechos á 42° ó 43°. En virtud de este procedimiento, el micro-organismo más virulento puede dar origen, después de varias generaciones, á otro inofensivo; y se puede obtener toda una serie de bacterídeas que posean el grado de virulencia que se desee, siendo todas susceptibles de reproducirse y de comunicar á sus sucesoras el grado de actividad que ellas poseen.

Número de inoculaciones y clase del líquido que se ha de inocular, según el procedimiento de Mr. Pasteur.—Los líquidos para estas inoculaciones preventivas, se expenden por Mr. Boutroux, calle de Vauquelín, núm. 28, París. Al hacer el pedido, basta decirle el número de animales que se han de inocular y la especie á que pertenecen, y él remite la cantidad necesaria.

Debe practicarse á cada animal dos inoculaciones, cuando menos. La primera se hace con virus muy atenuado y casi inofensivo, que contiene bacterídeas poco activas, y á consecuencia de ella los animales sólo experimentan una fiebre tan insignificante que suele pasar desapercibida. La segunda se efectúa de doce á quince días después de la primera, empleando al efecto un virus mucho más fuerte que el usado en aquélla, y que inyectado á un animal que no estuviera preparado por la primera inoculación, lo mataría; pero si el animal ha sufrido ya la inoculación de virus débil, sólo experimenta una fiebre ligera. Después de esta segunda inoculación, el animal (caballo, mula, asno, buey, vaca, carnero, etc.), queda inmune.

La dosis que debe inyectarse cada vez es próximamente $\frac{1}{4}$ á $\frac{1}{3}$ de centímetro cúbico, ó sea de 24 á 36 centésimas de centímetro cúbico en los grandes animales (caballo, mula, ganado vacuno), y la mitad para los pequeños rumiantes (oveja, cabra).

(¹) Empleamos esta palabra, aun cuando impropia, por conformarnos con el lenguaje usualmente adoptado.

Instrumentos y manual operatorio.—Se pueden emplear dos instrumentos para la inoculación: una jeringuilla de Pravaz, que quepa un centímetro cúbico y medio, y en la cual la tira metálica del pistón tenga ocho divisiones iguales y esté provista de un pasadorcito que pueda correrse con facilidad de una á otra división, á cuya jeringa pueden adaptarse agujas cánulas de diverso calibre; ó el aparatito de Mr. Pasteur, que representa la figura 10.^a

Al llenar la jeringa ó el aparato, debe cuidarse de que no cojan mucho aire y de agitar el frasco que contenga el líquido de inoculación. Si se ha de inocular un solípedo ó un individuo del ganado vacuno, se coloca el pasador del tallo del pistón de tal suerte, que sólo queden entre el émbolo y el pasador dos divisiones; y si se trata de animales pequeños, sólo debe quedar una.

Preparada ya la jeringa, el operador se sitúa en el lado izquierdo del animal, que estará convenientemente sujeto. Coge con la mano izquierda un pliegue de piel algo por detrás de la espalda, é implanta en ella la aguja, que será de un diámetro apropiado á la corpulencia del animal, hasta introducirla en el tejido conjuntivo subcutáneo. Después se articula la jeringa, y se empuja el tallo hasta que la corredera toque al cuerpo de aquélla, sacándola á seguida.

Si se han de hacer nuevas y sucesivas inoculaciones, se desliza la corredera hasta la cuarta división, ó hasta la segunda, según se trate de grandes ó pequeños animales. Con el contenido de cada jeringa se pueden inocular cuatro animales grandes ú ocho pequeños.

Concluída la inoculación, debe lavarse cuidadosamente la jeringa, primero con una solución antiséptica fuerte y después con alcohol absoluto. Lo mejor es no valerse de ella para otra clase de inoculaciones, ó remitirla al constructor para que la desinfecte.

Los frascos-tubos de líquido virulento, deben conservarse en sitios frescos. Una vez abierto un tubo, su contenido no debe emplearse para inocular en días sucesivos.

(Se continuará.)



PATOLOGÍA QUIRÚRGICA.

ENREJADURAS.

(Conclusión.)

Cuando la herida existe en la parte posterior de la cuartilla y menudillo, suele haber la costumbre de sondar, bien para cerciorarse de la dirección y profundidad de aquélla, bien para satisfacer la curiosidad ó el capricho de los dueños, que desean ver por sí mismos la magnitud de la lesión. Pero vuelvo á repetir, que, á mi juicio, esta manipulación puede ser funesta, sobre todo en las citadas regiones; y que no la estimo necesaria en el mayor número de casos, pues es suficiente con apreciar las dimensiones de la herida, la intensidad de los dolores, la abundancia de la hemorragia y clase de la sangre, la salida (á veces) de sinovia para establecer un diagnóstico acertado y fundamentar el pronóstico.

Hay profesores que introducen en la herida un grueso clavo de hilas ó de estopas, procurando que llegue á la mayor profundidad posible, y que su diámetro sea igual ó mayor que el de la lesión. Respeto muy mucho la opinión de estos veterinarios, pero creo este proceder más perjudicial que benéfico, sobre todo si la cura es diaria y se practica siempre por el mismo método; porque á más de impedir ó al menos retardar la cicatrización, renovando á cada cura la herida, y destruyendo los tejidos de nueva formación, pueden ocasionarse hemorragias, flujos sinoviales, dislaceraciones, etc.

Creo preferible un método mixto, que es el que yo practico en la forma siguiente:

Lavo cuidadosamente los alrededores de la herida con agua fenicada, é inyecto este mismo líquido antiséptico en la herida á fin de limpiarla lo mejor posible de los coágulos ó cuerpos extraños que en ella existan. Introduzco después un pedacito de esponja fenicada ó un pequeño

lechino de estopas fenicadas; coloco encima varias planchuelas de estopa mojadas en la solución félica ó en alcohol; después otras planchuelas secas, y por último, el vendaje. Si existe congestión, lociono el apósito con un líquido refrigerante ó astringente, y no levanto la cura hasta el tercero ó cuarto día.

Si hay derrame sinovial, hago una inyección de tintura de aloes, introduzco después polvos de aloes y de sulfato de sosa á partes iguales y pongo las planchuelas y el vendaje, no levantándolo hasta los seis ó siete días.

He tenido ocasión de tratar este año una enrejadura que había ocasionado flujo sinovial y herido el tendón flexor profundo. Practiqué la cura antes mencionada, dejándola puesta hasta el quinto día en que hice la segunda. Consistió ésta en inyectar en la herida aceite fenicado y laudanizado, colocar polvos de aloes y sulfato de sosa y una cataplasma de cicuta, locionando durante el día con un cocimiento de beleño. Seguí con esta cura hasta el décimo día, en que el flujo había desaparecido; no cicatrizándose, sin embargo, la herida hasta los veintiún días, y quedando aún la mula con una intensa claudicación, que desapareció merced á la aplicación de dos vegigatorios y á una puntura.

ROMÁN DE LA IGLESIA.

BIBLIOGRAFÍA.

EL ABSENTISMO Y EL ESPIRITU RURAL,

POR DON MIGUEL LÓPEZ MARTÍNEZ.



Pocos libros hemos leído con más atención y complacencia que el objeto de esta bibliografía. Pocas veces hemos experimentado, al estudiar una producción literaria ó científica, el interés creciente que ésta nos ha inspirado,

el deleite de saborear sus múltiples bellezas, el deseo de poseerla á fondo, la pena de que se concluya tan pronto... con tener 443 páginas.

Y es que en este precioso libro, se hallan reunidas cuantas condiciones son precisas para que un libro encante á sus lectores, les obligue á amarlo como preciada joya ó cosa propia. Galanura y pulcritud en el lenguaje, sencillez y precisión en las exposiciones, verdad en las imágenes, oportunidad en las citas, plétora de ciencia positiva y útil, profundidad y sabiduría en las conclusiones, manifiesta buena fe, conciencia y dominio del asunto... todo esto se encuentra en él con tal profusión que asombra y hace sentir la necesidad de leer todas las páginas una vez leída la primera. Y es que en él se aprende de todo: literatura, poesía, historia, geografía, sociología, economía rural, agricultura... porque el autor ha acumulado en sorprendente y armoniosa mezcla las más culminantes síntesis de todas las ramas del saber humano, haciendo, quizás sin darse cuenta de ello, gallarda prueba de sus múltiples conocimientos é ímprobos estudios.

El objeto primordial del libro, es el de defender la vida rural contra la creciente y aterradora invasión del absentismo. Y en verdad que el autor no podía haber ideado otra empresa más noble y más elevada, al par que más beneficiosa para sus conciudadanos, porque esta fiebre intensa de vivir en las grandes poblaciones y de tener una carrera ó un empleo, pone á la agricultura en inminente peligro de muerte y conduce á la nación hacia el abismo; y era tiempo ya de que algún esforzado campeón se opusiera, con toda la abnegación y energía que se precisan para tan ardua empresa, á un desbordamiento tan impetuoso y desordenado, que amenaza con una invasión tan completa cuanto desoladora.

El Sr. López Martínez ha salido á la palestra, y su patria debe quedarle agradecida por la decisión que ha demostrado y por la brillantez con que ha combatido.

Divídese la obra en cuatro libros, que llevan los epígrafes siguientes:

I. *Causas y efectos del absentismo en el mundo romano.*

II. *Intima conexión entre la falta de apoyo al agricultor, la deserción campestre y la pobreza del Estado.*

III. *Cuando las familias desdeñan el trabajo reproductivo y el poder público atiende con predilección á lo ostentoso, se desarrolla lo accidental á costa de lo que es necesario al bienestar de los pueblos.*

IV. *El espíritu rural.*

El primer libro, que se subdivide en nueve capítulos, es un portento de crítica erudita, sagaz y desapasionada. Destinado á demostrar que el absentismo fué la causa más poderosa de los inmensos desastres del gran pueblo romano, que á más de ver cómo desapareció su poderío perdió su nacionalidad, es digno de ser estudiado á fondo por los pueblos y por sus gobernantes, pues en él encontrarán sabias y provechosas lecciones que aprender.

Pero el autor no se contenta con dilucidar punto tan importante de la historia del mundo, con lo cual se encontraría hecha la reputación de cualquier escritor novel, si que profundizando más, queriendo aún sacar mayores y más importantes enseñanzas, pone de manifiesto las causas de que el absentismo predominara sobre el espíritu rural en el pueblo romano, que no son otras sino una política fatal, viciosa y mal entendida; un desenfrenado amor á la exhibición, al lujo ostentoso, al dominio personal, á la molicie, á la lujuria; una falta absoluta, en fin, de sentido político y moral.

Excusado es decir que D. Miguel López Martínez se revela en todos estos capítulos tan profundo observador como concienzudo crítico, evidenciando el magistral estudio que ha hecho de la historia antigua.

Pero si el autor da buena muestra de sus aptitudes y conocimientos en el primer libro, no es de menos mérito histórico-crítico el segundo, en cuyos nueve capítulos se traza de mano maestra un verídico cuadro que representa á nuestra agricultura en los tiempos primitivos, du-

rante la invasión de pueblos extraños, en tiempo de los romanos y de la dominación goda, en la época de los árabes, en el largo período de la reconquista, hasta la edad moderna. Se encuentra en él un estudio acabado y magistral del absentismo en su constante lucha con el espíritu rural, poniéndose de manifiesto el influjo ejercido por las condiciones de vida social en cada época, el carácter de cada pueblo, sus costumbres, las relaciones entre colonos y señores, la legislación gótica, la división de clases y el odio entre éstas, el fanatismo religioso, las guerras extranjeras é intestinas, el predominio del sacerdote y del mayorazgo sobre el labriego, la pereza y afán de lujo de la nobleza, la deficiencia de las leyes, el error de los legisladores.

El único modo que encontramos de expresar la admiración que nos causa el rico caudal de conocimientos que atesora este libro, la metódica ordenación expositiva, el profundo análisis de los hechos históricos y las admirables conclusiones que más bien que se formulan se dejan adivinar, es el de asegurar con toda sinceridad que es imposible decir más y mejor en tan breves páginas.

Otros nueve capítulos comprende el libro tercero, que no cede en importancia á los dos primeros. Hay en él un primer capítulo destinado á poner de relieve las tendencias absentistas de los pueblos latinos en la época presente, que basta para que todo hombre pensador se abisme en reflexiones, si desconsoladoras por un lado, preñadas de esperanzas para el porvenir. Se revela en él al consumado agricultor y al buen hacendista.

En cambio, el capítulo segundo es un idilio, en el cual se canta, como solo la señora de Acuña sabe hacerlo, un poema á la mujer rural. ¿Qué diremos de él? Nada, porque todo sería pálido reflejo de la realidad. Es preciso leerlo y releerlo; es necesario saborear, una á una, todas sus múltiples bellezas; es indispensable sentirse poseído de admiración, de amor, de respeto hacia la heroína que se describe, para poder justipreciar su mérito... Y, una vez leído, surge en nuestro cerebro, potente, irresistible, avasallado-

ra, la idea de hacernos labradores, para disfrutar y hacer que nuestras esposas é hijos disfruten la plácida ventura que en él se pinta.

Pocas palabras añade para terminarlo el Sr. López Martínez, però buenas. ¡Qué crítica tan fina, tan culta, tan galante, mas, al propio tiempo, tan severa de los gustos y costumbres de las señoras del gran mundo, que poseyendo todo cuanto se necesita para ser felices y hacer felices á multitud de personas, son quizás desgraciadas!

Los restantes capítulos, que en nada desmerecen, están destinados á investigar las causas de la postración letal en que yace nuestra agricultura, del predominio del absentismo. Nada ha pasado desapercibido á la escrutadora vista del autor; ni el afán de figurar en la corte ó en las grandes ciudades, ni la mala educación que se dá á los jóvenes, ni la tendencia á la emigración, ni la perniciosa influencia de la política, ni otra multitud de problemas tan interesantes como dignos de estudio.

Por último, en el libro cuarto se defiende el espíritu rural con opiniones de eminentes hombres políticos, historiadores, poetas, agricultores, demostrando que es el único medio de que se establezca el imperio de la moral, de que la nación sea poderosa, de que prosperen las artes, ciencias é industrias y de que se aumente la salubridad general y el hombre encuentre el modo de prolongar, á la vez, su vida y sus felicidades.

*
* *

Aun cuando insignificante y de ningún valor, enviamos nuestra sincera felicitación al Sr. D. Miguel López Martínez y á la Escuela Especial Veterinaria de Madrid, de la cual es dignísimo Director, y á los agricultores españoles que cuentan con tan esforzado paladín para el triunfo de su justa causa. ¡Lástima grande será si el gobierno y los hombres de ciencia no estudian con la debida atención libro de tan culminante trascendencia, sacando de él provechosas enseñanzas, y si no se recompensa debidamente

al autor, que á sus ya considerables méritos ha añadido uno más y muy valioso (1).

VICENTE GONZÁLEZ.

MISCELANEA.

Copiamos de *El Liberal* los dos partes telegráficos que siguen:

INOCULACIÓN DESGRACIADA.

Barcelona 26 (10 32 n.)

Coméntase en los círculos la noticia que publica esta noche un periódico, de que han sido vacunados dos hijos de un redactor del periódico *La Renaixensa* y que por efecto de desgraciada inoculación se encuentran gravemente enfermas.

Añádese que dicha inoculación fué de *virus diftérico* atenuado, sobre el cual no ha emitido dictamen favorable ninguna corporación científica; así como también que los médicos y ayudantes del laboratorio microbiológico, protestaron antes de llevarse á cabo la inoculación, por no creer que está resuelto definitivamente el sistema que está todavía en estudio.—*Rico*.

EL VIRUS DIFTÉRICO.

Barcelona 30 (10 25 n.)

Hoy ha sido conducido al cementerio el hijo del redactor de *La Renaixensa*, Pedro Aldavert, que fué vacunado del virus diftérico por Ferrán.

El niño fué víctima de una parálisis al corazón, efecto determinado por el virus.

(1) Se halla de venta esta obra, lujosamente encuadernada, en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CINCO PSETAS.

En los círculos científicos coméntase acaloradamente este hecho.—*Rico*.

Según se desprende de estas partes, en Barcelona se practican inoculaciones de virus diftérico, con tan buenos resultados que los pobres niños se mueren de las resultas.

Pero, señor, ¿qué es esto? ¿á qué grado de desbarajuste intelectual, moral y material hemos llegado? ¿En qué piensan esas autoridades que consienten cosas de tal índole?

Se conoce que no fué bastante con la gran pitada que dieron..... algunos, con las celebérrimas inoculaciones anti-coléricas, y se dió otra mayor con las llamadas vacunaciones antirrábicas, de alguno de cuyos fatales resultados dió también cuenta el activo corresponsal de *El Liberal*; aún parece que se creyó esto insuficiente, y damos ahora el triste cuanto lastimoso espectáculo de ver morir á un pobre é inocente niño.....

Esto ya es insufrible, al par que aterrador. Dice el parte primero que «los médicos y ayudantes del laboratorio microbiológico (¡buen laboratorio!) protestaron antes de llevarse á cabo la inoculación»; pero ¿por qué la ejecutaron, por qué, por qué? ¿Por qué inoculan á dos niños con un virus de efectos desconocidos? ¿Por qué toleran tales cosas las autoridades?

¿Han descubierto el microbio de la difteria y la atenuación del virus? (¡Como el del cólera y el de la rabia!) Si no lo han atenuado, ¿por qué se inyecta en pobres niños? Si se ha logrado la atenuación, ¿por qué se mueren los infelices niños inoculados?

Tiempo es ya de que las autoridades tomen cartas en el asunto, de que se impidan á todo trance ciertas cosas y de que se castigue con mano fuerte á todo aquel que resulte culpable, sea quien sea.

No es nuestro propósito culpar á persona alguna determinada, pues creemos desde luego que todos obran de buena fe y sólo pecan por ignorancia, causando un mal cuando creen hacer un bien. No nos hacemos solidarios de la veracidad de las noticias publicadas por *El Liberal*, por

más que sepamos que los informes que recibe este periódico son casi siempre verídicos y de buen origen. Pero si son ahora ciertas sus noticias, si ha pasado lo que se dice, creemos que existe una gran responsabilidad, no sabemos en quién, que es preciso poner en evidencia.

Cuando un hombre público comete error tras error en cuestiones políticas, ya se sabe que el desprestigio que adquiere le condena á retirarse de la vida pública y lamentarse en un oculto rincón de sus equivocaciones y falta de previsión ó de talento. De igual modo, el hombre de ciencia que padece muchas equivocaciones lamentables y comete errores de bulto, debe sentenciarse á sí mismo, por dignidad profesional y por decoro científico, y desaparecer del campo de la ciencia, confesando su ignorancia, y si no se retira él, debe retirársele á la fuerza.

*
* *

También nos da cuenta Mr. Champagne de un hecho notable y digno de ser conocido. Según lo que se desprende de sus observaciones en la granja de un cliente, la fiebre tifoidea confiere inmunidad á los animales que la padecen, por seis años cuando menos. Habiéndose presentado la terrible enfermedad en dicha granja, atacó á todos los animales que no la habían padecido, pero no la padecieron aquellos que ya la habían sufrido algunos años antes, no obstante habitar en la misma caballeriza que los demás.

*
* *

Concluídas las oposiciones que se estaban efectuando desde hace tres meses próximamente, parece ser que ha sido propuesto para catedrático de anatomía de la Escuela veterinaria de Santiago, nuestro buen amigo el ayudante de clases prácticas de la citada Escuela é ilustrado veterinario D. Ramón García Suárez. Dámosle la más cordial enhorabuena, y esperamos de su inteligencia, amor al estudio y acendrado cariño á la carrera que sabrá demostrar la buena adquisición que ha hecho el cuerpo docente. M. A.